

con juramento delante de los parientes de Susana y de todo el pueblo, y hallándose ella presente, que habian visto con sus mismos ojos á Susana cometer el adulterio. Pásmase el auditorio con caso tan horrible: á los parientes y conocidos se les ve saltar las lágrimas: hasta los criados de la casa están cubiertos de sonrojo y confusion: la atrocidad del delito no admite demoras en el castigo: la condenan á muerte, y ya la llevan por las calles públicas al lugar del suplicio: concurre toda la ciudad á ser testigo de su infamia, y á enterarse de su culpa: no obstante Susana es inocente; ántes bien por conservar la inocencia se halla sin crédito, sin honra, y casi sin vida. Mas pon en Dios tu confianza, honradísima matrona, y pues miras por la honra de Dios, no dejará Dios de defender la tuya. Ya va llegando al lugar del suplicio: no importa, porque Dios la ama. Así sucedió: reveló Dios la verdad al profeta Daniel; y este exclamando en medio de aquel pueblo, publica y prueba con evidencia la falsedad de los testigos y la refinada malicia de los jueces: los convence por su misma boca; y separándolos primero, les coge en contradicción: quedó Susana en posesion de su pureza, de su inocencia y de su vida, y con mucha mas honra y estimacion que ántes tenia. Y todo esto ¿por qué? porque se resolvió á padecer inocente, porque quiso perder ántes la vida y la honra que la inocencia.

Acabad pues de conocer que ni el temor de la muerte, ni el de la infamia, ni el del falso testimonio, y con mayor razon ni la pobreza, ni la afliccion ni otra cualquier adversidad son suficiente causa para perder la inocencia. Reconoced ahora cuánto mejor es padecer con inocencia los mayores trabajos, que gozar con culpa todas las felicidades del mundo: miradlo, digo, y resolved intrépidamente padecer inocentes por Cristo cualquier persecucion que el mundo ó el demonio armen contra vuestra inocencia. Padeced inocentes, y no tendreis que envidiar la gloria de los santos que hoy celebra la Iglesia; porque si fueseis como ellos en la batalla, tambien lo seréis en el triunfo: si vuestro mérito fuese semejante al suyo, tambien lo será el premio: en una palabra, si padeciéseis acá en la tierra inocentes por Cristo, viviréis perpetuamente con Cristo y con los santos Inocentes en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN ISIDORO,

ARZOBISPO DE SEVILLA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

SU MÉRITO CONSISTIÓ EN VELAR, TRABAJAR CON TODOS, OBRAR COMO EVANGELISTA, CÚMPLIR CON SU MINISTERIO Y VIVIR CON SOBRIEDAD, SEGUN LO ENCARGÓ EL APÓSTOL Á SU DISCÍPULO TIMOTEO.

Opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple, sobrius esto.

Obra como evangelista, cumple tu ministerio, pórtate con sobriedad.

S. Pablo á Timot. ep. II. c. 4. v. 5.

Inclita nacion española: yo te felicito. El Altísimo ha echado sobre ti una mirada de consuelo: te ha llenado de bendiciones: estás siempre iluminada con las luces de la fe, como la escogida tierra de Gesen, y eres bendita entre todas las naciones. Te vuelvo á felicitar: porque en ti se complace el cielo: porque te prefiere la Madre de Jesus: porque el Jardinero celestial cultiva en tu suelo el terreno que produce santos; y porque los ángeles te protegen, te guardan y defienden. No es así? amables oyentes. No es así? Esto al ménos es lo que significan los solemnes cultos con que celebramos la memoria del grande, del esclarecido y admirable san Isidoro, esplendor y lustre de nuestro pueblo, por quien dijo san Gregorio Magno: *Tenemos otro Daniel: tenemos otro Salomon entre los españoles.* Este héroe de nuestra devocion es capaz por sí solo de eternizar las glorias de nuestra patria; de llamar hácia ella la admiracion de las gentes todas; de suspender con su maravillosa grandeza á

los mas precoces talentos que se han dejado ver en la tierra. El ingenio de Platon, el estudio de Aristóteles, la elocuencia de Tulio, la elegancia de los Horacios y Virgilio, la doctrina de Séneca y Plutarco, la copia de escritos de Didimo Alejandro, la erudicion de Orígenes... Todas estas prendas del mérito que reconocen los sabios en aquellos hombres grandes, quedan oscurecidas á la presencia del de este astro luminoso puesto por Dios en Sevilla, para ilustrar con su ciencia prodigiosa á todo el universo. La gravedad de un Gerónimo, la suavidad de un Ambrosio, la doctrina de Agustino, la facundia del Crisóstomo, la profundidad de un san Gregorio, y las virtudes de todos, concurrieron á formar el incomprendible mérito de este oráculo de su siglo, de este prodigio de virtud y ciencia, de esta maravilla española, que tanto nos anima, nos alegra y consuela. Exceptuando Adán y Salomón, dice san Braulio, no hubo en el mundo quien excediese á san Isidoro. Qué asombro! ¿Y soy yo el llamado á formar su elogio? ¡Ay, señores! El Océano no cabe en la estrechez de una cisterna. Hablaré del grande Isidoro; pero convencido de que por mucho que diga en loor suyo, jamas podré decir lo que se merece. Os diré que se manifestó fuerte y poderoso en la fe, en la doctrina, en la buena vida y en el ejemplo, por cumplir con lo que encargó el Apóstol á su discípulo Timoteo cuando le dijo: Vigila, trabaja con todos, obra como evangelista, cumple tu ministerio, y pórtate con sobriedad. *Opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple, sobrius esto.* En esto y por esto fué el padre san Isidoro uno de los astros mas luminosos que ha puesto Dios en su iglesia santa para gloria suya y honor de la dichosa nacion que le tiene por hijo, como voy á demostraros.

Divino Señor sacramentado, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia: ostendad vuestro poder en mi inutilidad, y haced que vuestra palabra de virtud y de magnificencia salga de mis labios con honor, y lleve al corazon de mis oyentes la gracia que hace santos de pecadores. Os lo pido por los méritos de vuestra santísima esposa y madre nuestra, María santísima, á quien todos á una voz decimos con el ángel: *Ave María.*

Vida deliciosa, honras, dignidades y distinciones: sabiduría,

ciencias y artes; grandeza humana con todo el brillo y esplendor de tu hermosura, si no me llevais hácia la fuente perenne de los conocimientos y virtudes que hacen sabios, virtuosos é ilustrados á los hombres, y no me colocais frente al Dios que con su mirada hace felices á los que se le acercan; si no contribuís á mi salvacion, yo diré con la energía del mas profundo convencimiento, que no sois mas que vanidad, fruslerías, sueños floridos, puerilidades y origen funesto de atroces remordimientos, de desesperados ayes en la hora de la muerte. Así lo publica la experiencia, así lo confiesa el Sabio, así lo predica el gran padre san Isidoro al exhortarnos á que dirijamos á Dios todo pensamiento, todo deseo, toda accion, y aun hasta las omisiones virtuosas. Sabia muy bien este esclarecido maestro de la verdad, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría: que en servir á Dios guardando sus santos mandamientos consiste toda la grandeza del hombre en esta vida; que subordinando todos los conocimientos humanos á los de la fe, y dirigiendo todo lo visible é invisible que perciben nuestros sentidos y encuentra nuestra razon en los cielos, en la tierra y en los infiernos hácia la ciencia de los santos, es el único medio por donde podemos llegar á ser sabios en la tierra y grandes en el reino de los cielos. Esto es lo primero que aprendió el grande Isidoro en la casa de sus nobles, ricos y piadosos padres al lado de sus santos hermanos Leandro, Fulgencio y Florentina, ejemplares de virtud y sabiduría, como lo publica la fama, y lo celebra la iglesia santa diciéndonos, que su memoria pasa en bendicion por todas las generaciones. Nuestro santo fué el último fruto que concedió el cielo al matrimonio del gran Severiano y de la virtuosa Teodora: fué el Benjamin de la familia mas piadosa que se ha conocido en Cartagena; el José destinado por Dios para consolar á su pueblo en la miseria y engrandecerle á la vista de los reyes, de los príncipes, de los grandes y poderosos de la tierra, que calló á su presencia, como á la de Alejandro. En Isidoro se reconcentraron las virtudes, la sabiduría y piedad que infundieron en su bendita alma sus virtuosos padres y sus esclarecidos hermanos: negoció con la gracia de Dios los talentos que le confió el Padre celestial; logró multiplicar el caudal que se le habia concedido, y llegó á ser mas rico y opulento entre los grandes que forma el Evangelio, que Job entre todos los orientales. Vamos viéndolo.

Advirtió un día Severiano un enjambre de abejas que con extraordinario susurro bajaban y subían hácia el cielo : pasó á inspeccionar la causa de semejante incidente, y halló, lleno de asombro y admiración, que entrando y saliendo aquellos animales por la boca del niño Isidoro, habían formado un primoroso panal sobre su rostro. Al momento conoció aquel piadoso padre, que su hijo estaba destinado por el cielo para ser como el gran padre san Ambrosio, un suavísimo doctor que había de iluminar á la iglesia con la dulzura de su doctrina, lanzar de ella á los enemigos de la fe, y ser glorioso defensor del dogma y de la disciplina. Le puso al estudio confiándole á la dirección de su hermano mayor el glorioso san Leandro, y fué tal su aplicación, que aun era muy jóven cuando se le vió perfectamente instruído en la gramática, en la lógica, aritmética, geometría, astrología y música; erudito en las leyes divinas y humanas; esclarecido en las doctrinas de los filósofos; sabio cual ningún otro en las letras griegas, hebreas y latinas, y perfeccionado en las ciencias de un modo tan inaudito, que al leer san Gregorio Magno una carta que escribió nuestro jóven Isidoro sobre la bienaventuranza, se asombró al verla tan hermosea con las sentencias de los filósofos, con las flores de las santas Escrituras, con tan nutrida elocuencia y con tan vehemente estilo, que profetizó lo que dije en un principio, que tenían en él los españoles un nuevo Daniel en la virtud, un nuevo Salomón en la ciencia. Á tan grande sabiduría daban un lustre y valor inmenso la inocencia de su vida, la pureza de sus costumbres, el retiro del mundo, la ocupación continua en las santas Escrituras, en los ejercicios de penitencia, en el exacto cumplimiento y observancia de los preceptos del Señor. Era en la primavera de su vida un Samuel al lado del gran sacerdote Elí, y conocido era que prevenido con tanta virtud y ciencia, le tenía destinado Dios para cosas grandes.

Destierra el rey Leovigildo al gran Leandro y al esclarecido san Fulgencio por enemigos de la herejía arriana y defensores de la pureza de la fe católica : pero queda Isidoro, y este prodigioso jóven armado con el celo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, encendido en el fervor de padecer el martirio, pronto á morir por nuestra santa y adorable religión, y guarnecido con los recursos de la virtud y de la ciencia, se declaró fortísimo atleta contra los violentos ímpetus

del rey inicuo y los poderosos secuaces del error, y fué lo que otro Elías en los días de Acab y Jezabel. Disputó con los herejes y los convenció de impiedad; se avistó con los disidentes, y los unió; se dejó escuchar de los sabios y quedaron asombrados de su sabiduría y sometidos á su dictámen : se dirigió al pueblo para sostenerle en su fe y arreglar sus costumbres, y el pueblo prorumpió en vivas y aplausos al Salomón virtuoso que le había dado el cielo para que Dios fuese loado y glorificado en su siervo, y en los que él instruía, doctrinaba y edificaba. Se podría decir que había resucitado con san Isidoro un san Pablo, un Cipriano ó un Agustino al verle tan solícito en manejar las armas de la sabiduría humana en defensa de la religión, de sus virtudes y de sus derechos sacrosantos. Murió al fin el gran Leandro, aquel celeberrimo prelado que tanto honor y lustre dió á la cátedra episcopal de Sevilla, cuyos triunfos y merecimientos son públicos y notorios en el orbe literario, y floreciendo tanto el grande Isidoro en virtud, celo y sabiduría, ¿de qué otro habían de echar mano para suceder á su santo hermano en el pontificado de Sevilla? Fué electo obispo de aquella dilatada diócesis por aclamación; lo confirmó con inexplicable gozo el inmortal sumo pontífice san Gregorio Magno, enviándole el palio con la jurisdicción eclesiástica en clase de vicario de la santa Sede en toda la iglesia de España; y entónces, entónces fué cuando para no dejarle jamás, se pusieron delante de su alma estas notables palabras del Apóstol : *Vela, trabaja con todos, obra como evangelista, cumple tu ministerio, y pórtate con sobriedad. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple, sobrius esto.*

Ya tenemos á san Isidoro en la elevación á que le destinó el Señor. Está en su propio elemento; en la silla del santuario á que fué llamado como Aaron. ¿Cómo haría yo para hacerlos comprender la admirable conducta y los hechos prodigiosos con que este doctor esclarecido interesó su vigilante celo en la reforma de las costumbres de su pueblo, en hacer que floreciese la pureza de la fe y de la disciplina, conformar las clases de la sociedad con las reglas de la santidad, y aparecer en todo como un modelo de los prelados perfectos, según lo exige el vaso de elección san Pablo, inspirado por el Dios de la sabiduría, de la virtud y de la ciencia? Si os digo que fué prudente en dispo-

ner, elegir y discernir; constante en sufrir y padecer; modesto en apeteer, decir y obrar; justo en determinar; útil en orar, suplicar y predicar, y experto en plantar y edificar, ¿habré dicho lo bastante para haceros formar una idea clara y distinta de la perfeccion del grande Isidoro en el desempeño de su cargo pastoral? Bien sabia yo al encargarme de esta predicacion, que me habia de ver embarazado y aburrido en la formacion del elogio del santo Jeremías español, enviado por Dios á su pueblo con plenos poderes para arrancar, destruir, edificar y plantar, segun el grande espíritu que le poseía. Con razon alegaba mi insuficiencia para llevar á cabo la empresa de ofrecer una apoteósis digna del grande Isidoro; y no, no eran excusas de un humilde las confesiones del pobre que dice no serle posible dar lo que no tiene. Confiado sin embargo en Dios, y en la proteccion de su santo siervo nuestro gran patrono, subí á este púlpito; y ya estoy animado; ya revive mi espíritu, ya he recobrado fuerzas para deciros, que san Braulio, discípulo y confidente de nuestro padre san Isidoro, dice de su maestro por tantos títulos venerable: «Fué esclarecido en el don de profecía, liberal en las limosnas, propicio en la hospitalidad, recto de corazon, vivo en las sentencias, justo en los juicios, continuo en la predicacion, infatigable en las exhortaciones, estudiosísimo en ganar almas á Dios, cauto en la exposicion de las santas Escrituras, pródigo en los consejos, humilde en el vestido, sobrio en la comida, devotísimo en la oracion, brillante en la honestidad. Fué doctor y padre del clero y del pueblo, protector de los monjes, tutor de las viudas y huérfanos, libertador de los presos, consuelo de los afligidos, defensor de los ciudadanos, quebrantador de los soberbios y martillo de los herejes, de los audaces é impíos que se vanagloriaban de vivir como los que ignoran á Dios.» Hasta aquí san Braulio, testigo presencial de las virtudes de su maestro, padre, hermano y amigo. ¿Y no es esto velar, trabajar con todos, obrar como evangelista, cumplir con el ministerio episcopal y vivir con sobriedad, como lo encarga el Apóstol? ¿No es hacer servir á las ciencias humanas para los fines de la importantísima ciencia de nuestra salvacion? ¡O celo ardentísimo de los que puestos como antorchas en los candeleros de la iglesia, se ocupan en esparcir los rayos de la verdadera ilustracion, segun los designios adorables de la divina Providencia! Sin tu

poderoso influjo y fuerza sobrehumana ¿cómo pudiéramos comprender la actividad y solicitud con que el grande Isidoro atendía, no solo al rebaño que se le habia confiado, sino al universal del único Pastor de nuestras almas? Él erigiendo en Sevilla un seminario para que la juventud se instruyese en las letras y buenas costumbres; saliendo por los pueblos y ciudades á predicar la divina palabra; siendo el ángel de la paz que dirimía todas las discordias, apaciguaba los ánimos turbulentos, unía á los divididos, y llenaba de caridad á las familias: acudiendo á Roma, por ruegos é instancias de san Gregorio Magno, en donde dejó asombrados al sumo pontífice y á los cardenales con su eminente virtud, con su vasta y profunda sabiduría, con sus talentos y santidad; admitiendo el reto con que le desafió una pública disputa Gregorio Antesignano, obispo, de nacion siro, que agudo, fácil en paralogismos, y acostumbrado á arrebatar á no pocos hácia el abismo del error de los herejes acéfalos, era tan temible en la iglesia santa como el gigante Goliath al frente del ejército de Israel; y confundiendo al hereje, primero con el torrente de una erudicion copiosísima á que no era posible resistir, y logrando en seguida el consuelo de ver al obispo heterodoxo reconocido y convertido á la fe católica: convocando concilios en su diócesis y siendo el alma de los que se celebraron en otras partes: obrando los mas estupendos milagros, dando salud á los enfermos, consuelo á los afligidos y alivio á los necesitados; y escuchando á los doctos, nobles y plebeyos que de todas partes del mundo acudian á oír á este nuevo Salomon: escribiendo una completa librería en que nada tienen que desear los gramáticos, los filósofos, los teólogos, los canonistas y legistas, los cenobitas y ascéticos, pudiéndose asegurar que Dios eligió á san Isidoro para restaurar las ciencias de los antiguos, perdidas por la incuria de los tiempos: multiplicado en todas partes para enseñar, siendo ejemplo á todos en la fe, en la buena doctrina, en la conversacion, en las costumbres y en la castidad, como lo encarga el Apóstol á sus discípulos Timoteo y Tito:.... Pero qué pretendo? ¿Seguir acaso los vuelos de esta águila remontada hasta la region inaccesible de la divinidad? Esto es imposible. Yo ya he perdido de vista á nuestro héroe, á nuestro protector y patrono; no puedo comprender ni explicar su elevacion y grandeza, su sabiduría y su virtud, su celo, su actividad y laboriosidad, su esmero y

solicitud en cumplir con el encargo apostólico de velar, trabajar con todos, obrar como evangelista, cumplir con su ministerio, y vivir con sobriedad. El grandre Isidoro al fin, acometido de una fiebre maligna, conoció que era llegado el tiempo de pagar el tributo de los mortales. Se preparó para la muerte, como temeroso de Dios: envuelto en un cilicio, rodeado de ceniza, y ocupado sin intermision en actos fervorosos de fe, esperanza y caridad, levantaba sus manos hácia el cielo y decia como David: Decid, Señor, decid á mi alma: yo soy tu salud. *Dic anima mee: salus tua ego sum.* Una vision celestial recreó entónces su espíritu: hizo una tierna exhortacion á los asistentes, propia de su celo, y espiró, volando su bendita alma en alas de su celestial sabiduría y de su grande santidad á la patria de las recompensas, á la ciudad eterna en que los santos son inundados con los torrentes del gozo del Señor. Su cuerpo, hecho cadáver, despedia el suave olor de los mas fragantes aromas: parece que gritaba y decia á sus amados hijos: Si he sido vuestro en la tierra, de mucho mas puedo serviros en el cielo. Así lo experimentaron los reyes de España en la proteccion que dispensó á Alfonso VI en la conquista de Toledo, á Alfonso VII en la de Búrgos, á Alfonso IX en la de Mérida, y á san Fernando en la importantísima de Sevilla. Así lo publican los obispos que le reconocen por maestro, los pobres, menesterosos y afligidos que en sus conflictos recurren á su piedad y se encuentran amparados y socorridos: los fieles todos tienen puesta su confianza en este santo, y nosotros que al lado de san Isidoro respiramos el aire puro de la sabiduría, de la virtud y santidad que hace grandes á los hombres en esta vida y felices por eternidad de eternidades en la gloria.

Despues de esto, ¿no confesarán los propios y extraños, los sabios y los que no lo son, los grandes y poderosos, y las gentes del universo, que he tenido razon para felicitar á nuestra España por los inmensos favores y beneficios que ha recibido del cielo al darle al grande, al esclarecido y admirable san Isidoro, prodigio de sabiduría y santidad, y maestro de los maestros que se honran de ser sus discípulos, como los Braulios é Ildefonsos? ¿Habrà quien no conozca, que en haber cumplido y seguido las instrucciones de san Pablo consiste todo el mérito con que es venerado este gran santo en la tierra, y premiado omnipotentemente en el cielo? Que vacilen los que no tienen

fe, que duden los indiferentistas, y se burlen los impíos de nuestras creencias religiosas, nada tiene de particular, atendida la malicia humana; pero que los fieles que con tanta piedad y devocion asisten á este santo templo á bendecir, alabar y glorificar á Dios en sus santos, se hallen sabios sin virtud, doctos sin disciplina, ilustrados sin buenas costumbres, y cristianos sin el santo temor de Dios, es lo que no puede imaginarse, lo que repugna al sentido religioso, lo que á pesar de la relajacion en que vivimos, no puedo suponer. Todos amamos á san Isidoro, nos gloriamos en tenerle por padre, estamos bajo su proteccion y amparo, y debemos decirle con las veras de nuestro corazon:

Hijo predilecto de la sabiduría, de la ciencia y de la virtud que comunica el dador de todo don á los que con vos saben pedir y suplicar con espíritu devoto y humilde: sed nuestro padre, nuestro doctor y maestro desde el cielo, como lo fuisteis de nuestros gloriosos ascendientes en la tierra. Ilustradnos para no ser víctimas de la vana sabiduría de los sabios, ni de la falsa prudencia de los prudentes del mundo anatematizados por el Eterno, y no consintais que los doctrinados en vuestra escuela nos extraviemos de la senda recta que conduce á la triunfante Jerusalem de la gloria. Amen.